

MAURO CORONA



HISTORIAS DEL BOSQUE ANTIGUO

Los árboles hablan a quienes saben escuchar

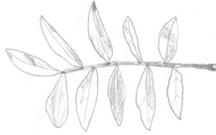
Ilustraciones de
Joana Santamans

Traducción de
Marta Cueva Camblor

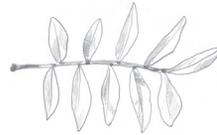


Duomo ediciones

*En memoria de Roberto Corona,
que adoraba a los niños*



El águila

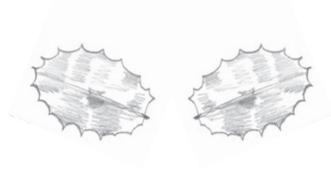


Sabéis por qué el águila tiene el pico torcido? ¿No lo sabéis? Escuchad esta historia.

Hace mucho tiempo, las águilas tenían el pico recto, como una aguja, y se dedicaban a cazar ardillas. Cuando las avistaban en el suelo, sobre los árboles o entre las rocas —porque las ardillas también trepaban de vez en cuando a alguna roca— descendían sobre ellas y... ¡zas! Picaban con sus largos y afilados picos a los pobres animalitos y los devoraban. A veces, se los llevaban a sus nidos para dar de comer a sus polluelos, pero otras lo hacían por puro entretenimiento. Hacían daño a las ardillas por diversión, lo cual ya no era un acto natural ni por instinto de supervivencia.

Entonces, una ardilla que era mucho más astuta que las demás se puso de acuerdo con el Señor para castigar a las malvadas águilas. Fingió seguirles el juego, se puso junto a una roca y esperó el ataque del águila reina. A su izquierda, un pájaro carpintero le había hecho un agujero para que se salvara. Cuando el águila se abalanzó hacia ella para picarle, la ardilla se metió en el agujero que había cavado el pájaro carpintero. El águila se estrelló contra la roca, con tanta fuerza, que se le torció el pico y se le quedó así para siempre. Desde ese día, por castigo del Señor, todas las águilas tienen el pico curvado y ya no se atreven a tocar a ninguna ardilla.

El cuervo imperial



En los tiempos en que se creó el mundo, el cuervo imperial era completamente blanco. Blanco como las perdices nivales o las liebres alpinas. Incluso tenía el pico y las patas de color blanco. Dios lo había creado así y era precioso. Siglos y siglos más tarde, un ladronzuelo bastante granuja domesticó a uno de esos cuervos blancos. Un buen día, le pidió al cuervo que fuera su cómplice en un robo. Quería robarle al cura del pueblo las salchichas que la gente con recursos le llevaba generosamente. Lo más difícil era entrar en la casa del párroco, donde el ministro de Dios guardaba su tesoro colgado bajo la campana de la chimenea.

El hombre pensó y pensó, y se le ocurrió una idea.

Le pidió al cuervo que arrojase el extremo de una cuerda desde el tejado y que la atara alrededor de la chimenea. El cuervo realizó el trabajo perfectamente e hizo un nudo muy apretado. El ladronzuelo subió hasta el tejado y, con ayuda de la cuerda, bajó por la chimenea seguido de su cómplice. Robaron todos los salchichones y las salchichas. Después volvieron a subir al tejado. El hombre trepó por la cuerda y el cuervo se puso a volar por la oscura chimenea y se ensució por completo. Al día siguiente, a la luz del sol, el ladronzuelo no reconocía a su cómplice. Se había vuelto de color negro por el humo y el hollín de la chimenea. Parecía cubierto de terciopelo oscuro. Aquellos salchichones eran para la gente pobre del pueblo y el sacerdote ya no sabía qué podía hacer para ayudarlos. Como castigo, el Señor hizo que, desde aquella noche, todos los cuervos nacieran de color negro, como la oscuridad y el pecado.





El pájaro carpintero



Hace mucho tiempo, el pájaro carpintero construía su nido sobre las ramas de los árboles, al igual que todos los demás pájaros. Diseñaba casas tan bellas y coloridas que llamaban la atención del bosque entero. Utilizaba ramitas de todos los colores, porque tenía un gran sentido del gusto. Él mismo era de muchos colores: rojo, verde claro, amarillento... Pero justo por lo llamativa que era su villa, debía enfrentarse a un gran problema: no lograba tener su propia familia, ya que el cuco no tardaba en descubrir sus vistosos nidos. Se comía los huevos del pájaro carpintero y dejaba los suyos en su lugar.

Así, el pobre pájaro carpintero se veía obligado a

criar al hijo del cuco. Lo hacía con todo el amor del mundo, eso sí, porque los huérfanos también tienen derecho a recibir amor y cariño; pero también deseaba poder criar a sus propios hijos. Así que le pidió ayuda al Señor.

—Haz un agujero en el tronco —le aconsejó el Señor—, con profundidad y hasta llegar al corazón del árbol. Esa será tu nueva casa, donde nadie volverá a molestarte.

—Yo no puedo perforar un tronco —respondió el pájaro carpintero—. Tengo el pico muy débil, y si intento hacer agujeros me entra dolor de cabeza.

El Señor hizo un gesto y le dijo:

—Bien, a partir de ahora podrás taladrar todos los árboles que quieras, pero recuerda: hazlo solo con los que estén a punto de morir, los que tengan la médula ya muerta.

Desde ese día, el cuco no volvió a utilizar nunca más el nido del pájaro carpintero y este por fin pudo formar una familia. Pero jamás volvió a construir un nido tan bello y colorido como los de antes.



El gallo lira



En los tiempos en que se creó el mundo, época en que sucede esta historia, el gallo lira tenía la cola redondeada, al igual que su primo el urogallo. Pero el urogallo era mucho más grande y atractivo que él, y a este, lleno de envidia, se le ocurrió la idea de hacerle perder las plumas a su rival. Un día de primavera, utilizó una estratagema para conseguir reunirse con el Señor, y le dijo:

—Señor, cuando el urogallo se pone a volar, su cola produce unos vientos muy bruscos que barren el bosque entero, destrozan árboles y, en invierno, provocan avalanchas que ponen en peligro la vida de las personas y los animales.

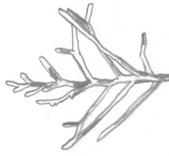


—¿Qué debo hacer? —le preguntó el Señor—. No pensé que hubiera creado un peligro para la sociedad.

—Quítale la cola —respondió el gallo lira—. Total, con la mía es más que suficiente. Además, es pequeña y no provoca vientos peligrosos.

—Bien, puedes marcharte tranquilo. Buscaré un remedio para la cola del urogallo, no te preocupes.

El Señor estaba muy dolido por la envidia que había visto en el gallo lira y decidió castigarlo. No solo le dejó al urogallo su trofeo intacto, tal y como él lo había creado, sino que también hizo que al gallo lira se le plegasen las plumas de la cola en forma de lira enmarañada. Los cazadores se piensan que es una hermosa recompensa, pero en realidad es un signo de deshonor. Cuando el gallo lira se despertó, se entristeció y le pidió ayuda al Señor, pero ya era tarde y el Señor lo dejó así para siempre. Desde entonces, el gallo lira solo canta en primavera y su sonido recuerda a un llanto de tristeza.



El topo



Cuando se creó el mundo, el topo vivía sobre la tierra. Caminaba por los prados, al aire libre, y daba largos paseos por debajo de los árboles. Pero era bastante travieso. Tenía una vista agudísima que le permitía divisar orugas, escarabajos y otros insectos desde muy lejos. Los cazaba muy rápido y, para fastidiarlos y hacerlos sufrir, excavaba un agujero en el suelo y los enterraba. Muchos lograban liberarse y volver al exterior haciendo esfuerzos sobrenaturales. Otros, en cambio, como las mariposas, morían asfixiados.

Un día, el topo enterró a un pobre grillo que, por el susto, se volvió loco y no quiso volver nunca más a la superficie. Se habituó a vivir bajo tierra para no vol-



ver a ver a aquel topo tan malvado. Pero, justo antes de que el topo lo enterrase, tras haberle suplicado en vano que no lo hiciera, le había dicho:

—Ojalá el Señor haga lo mismo contigo. Así sabrás lo que es que te entierren vivo.

El Señor le concedió aquel deseo y confinó a los topos bajo tierra para siempre, privándoles de su aguda vista. Desde entonces, habitan en el fondo de la tierra, aislados y tan ciegos, precisamente, «como un topo». De vez en cuando, los topos y los grillos se encuentran en las profundidades de la tierra y se hablan y se entienden bien, porque los grillos ya no sienten ningún tipo de rencor hacia los topos.



El rebeco

Antiguamente, el rebeco tenía los cuernos rectos, largos y delgados como dos agujas. El cuerpo, en cambio, era tal y como lo tiene hoy en día. No había ningún animal en el monte tan osado, ágil y fuerte como él. Corría por caminos rocosos dando brincos y saltos que recordaban a los destellos de un relámpago. Sin embargo, como consecuencia de su extrema valentía, a veces sufría algún que otro accidente. Muchos rebecos morían cuando caían de algún peñasco o cuando se resbalaban por las laderas de las montañas heladas en invierno. Las hembras eran igual de imprudentes y osadas, muchas veces, incluso más que los machos. Lo que sucedió fue que, un caluroso mes

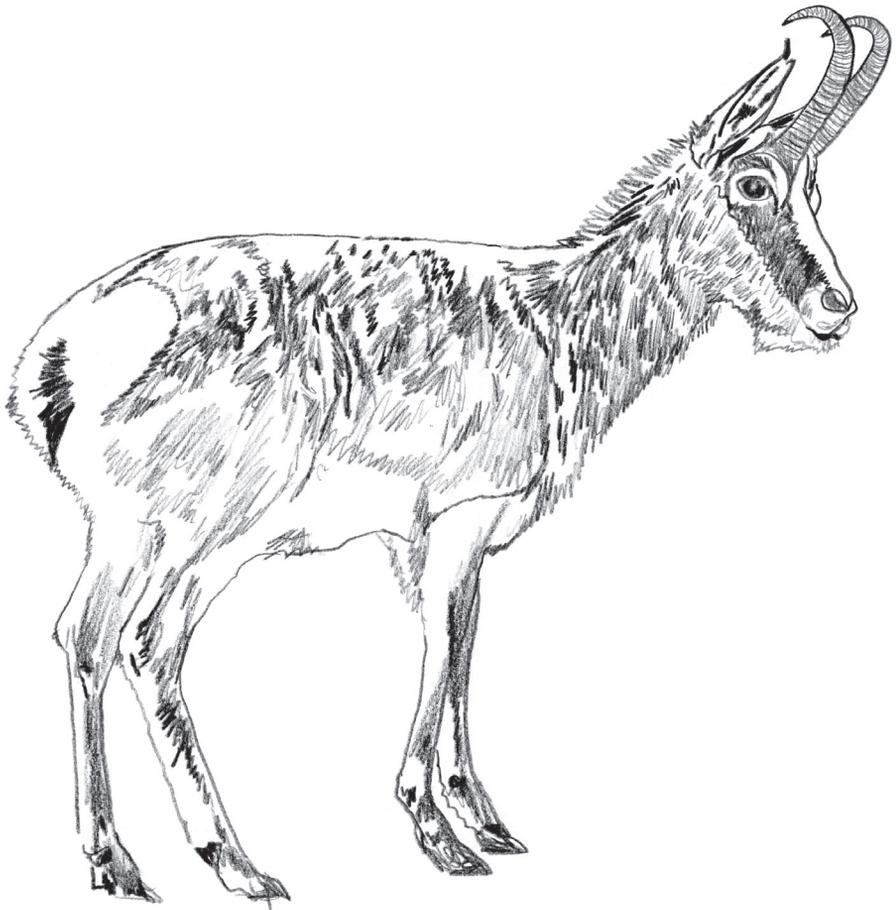
de mayo, una hembra de rebeco fue a dar a luz por primera vez y tuvo dos preciosas crías. Era algo extraordinario, ya que, normalmente, solo parían una por cada embarazo. La mamá rebeco estaba muy contenta con sus pequeños y, cuando no estaba amamantándolos o limpiándolos con tiernos lametones, se iba de aquí para allá dando saltos por las crestas de las montañas, como si fuera una mariposa.

Un día, mientras regresaba con sus hijos a toda velocidad por una cresta de rocas verticales, se resbaló y comenzó a caer. Su último pensamiento fue para sus pequeños:

«Se van a morir de hambre», pensó.

Entonces un dolor inmenso le invadió el corazón. No temía a la muerte, pero quería vivir al menos un poco más para poder criar a sus hijos hasta que fueran mayores. El Señor acudió en su ayuda. De repente había dejado de caer y se encontraba suspendida en el aire. Los cuernos se le habían doblado hacia atrás, como dos ganchos de acero, se habían enganchado a la roca y habían frenado la caída. Desde ese día, to-

dos los rebecos nacen con los cuernos curvados hacia atrás y ahora no hay tantos que mueran a causa de sus tropiezos.



El treparriscos



Antiguamente, el treparriscos, un pajarito que siempre está pegado a las rocas, era un niño de diez años pelirrojo y lleno de pecas. Era hijo de dos pastores, con los que vivía en una cabaña en mitad de las montañas escarpadas de altísimos picos dorados por el sol y de praderas verdes. Allí, el intenso aroma de las orquídeas chocolate destacaba sobre el de las demás flores, aunque a él esas orquídeas no le gustaban demasiado. Las olfateaba con gusto, porque oían a chocolate, pero su flor favorita era la flor de las nieves. Para encontrarlas, había aprendido a moverse entre las rocas igual que un rebeco.

Hay que saber que, de todas las cosas que existen

en la tierra, siempre hay un ejemplar que destaca sobre sus iguales en dimensión y belleza. La flor de las nieves no era una excepción. De hecho, existe una a la que llaman «la reina». Y, precisamente, por querer coger una de estas «reinas», el pequeño se resbaló y se estrelló contra las rocas que había en la parte posterior de su cabaña, ante la mirada horrorizada de sus padres. Lo enterraron en la cima de la montaña, entre dos alerces, cerca de un manantial donde se reflejaba la luna por la noche. La madre del pequeño no lograba descansar, cada día se entristecía un poco más. Sentía que quería morir, porque, sin su hijo, la vida le pesaba bastante. Su marido alzó la vista al cielo y le pidió ayuda al Señor:

—Haz que podamos ver a nuestro hijo alguna vez más, envíanos una señal de su parte.

Una mañana de verano, los padres de aquel niño encontraron una «reina» sobre el alféizar de la ventana. Tres días más tarde, había otra, y muchísimas más las semanas siguientes. Una tarde, decidieron quedarse detrás del balcón para descubrir quién era la mis-

teriosa persona que se dedicaba a dejar flores de las nieves en su ventana, y entonces lo vieron: era un treparriscos precioso, con alguna que otra mancha roja y con pecas. Dejó la flor y se fue volando. Lo siguieron con la mirada. Se posó en la roca que había detrás de la cabaña y se quedó allí, inmóvil. Cuando se hizo de noche, desapareció. Pasaron los años, y marido y mujer se hicieron ancianos. Había dejado de extrañarles la presencia de aquella flor de las nieves que, de vez en cuando, en verano, se encontraban en el alféizar de su ventana.